

Cuarto domingo de Adviento C2024

Este es el último domingo de Adviento, el que nos prepara directamente para la Navidad. Supongo que ya deberíamos haber terminado con nuestras compras y planes. Supongo también que estamos más abiertos a pensar en el verdadero significado de esta temporada navideña.

Este último domingo todos nuestros ojos están puestos en María e Isabel, dos primas que nos invitan a aprender de ellas lo que significa estar preparados para el encuentro con el Señor. De ellas también podemos aprender cómo Dios interactúa con nosotros y se deja encontrar en las circunstancias ordinarias de la vida, con todos sus altibajos. Sus actitudes hacia los demás pueden enseñarnos mucho sobre Dios y los seres humanos.

Permítanme comenzar con una observación sencilla. La vida está hecha de encuentros, algunos de los cuales son decisivos y cruciales para la orientación de nuestro futuro. Piensen en el encuentro que han tenido y que ha abierto su vida, y ha hecho de ustedes el esposo o la esposa que son hoy. Piensen en el encuentro que han tenido en circunstancias particulares de la vida y que han sido cruciales en la decisión que tomaron de seguir su carrera en la dirección en que se encuentra hoy.

Cualquier encuentro puede cambiarnos, para bien o para mal; puede hacernos hombres felices o infelices. Cuando Dios se encontró con María a través del ángel Gabriel, su vida cambió. Ella se convirtió en la madre de nuestro Señor Jesucristo, el salvador del mundo. Cuando Isabel se encontró con Dios a través de la aparición del ángel, se convirtió en la madre de Juan Bautista, el precursor de nuestro Señor Jesús. No hay encuentro que sea neutro. Cualquier encuentro deja su impacto en nosotros.

Al describir el encuentro entre María e Isabel, el Evangelio nos lleva a la cima de un encuentro entre Dios, representado por Jesús en el seno de María, y los seres humanos, representados por Juan Bautista en el seno de Isabel.

María e Isabel nos representan como seres humanos, y lo que somos ante Dios. Isabel es el símbolo de todos aquellos que llevan en su corazón una cierta esperanza de que algo bueno terminará sucediéndoles. Ella es el símbolo de aquellos a quienes el Señor ha consolado en su angustia y sufrimiento. Como Isabel, muchos de nosotros hemos sido visitados por el Señor, bendecidos y consolados en nuestro tiempo de tribulaciones y problemas. ¡Cuán agradecidos y agradecidos debemos estar a Dios!

María es el símbolo del mundo interior, un mundo de silencio, de todo lo que llevamos dentro como misterio, y quizás como problemas, que nadie conoce excepto Dios y las personas a las que abrimos nuestro corazón. María ha recibido la gran noticia de ser madre del Hijo de Dios, y lleva todo eso en su corazón, como un tesoro, en silencio.

Creo que “el corazón humano es como un vaso de misterio”. Nadie sabe lo que hay en el corazón de alguien hasta el día en que se revela. Me pregunto si no es humano e incluso natural que las personas tengan secretos o una cámara interior donde guardan pequeñas cosas que nadie conoce más que ellas. Sin embargo, todo eso no se puede ocultar a Dios.

Mirad cómo el Espíritu Santo de Dios le reveló a Isabel que María estaba embarazada. Como se puede ver, no hay ningún secreto para Dios; él sabe todo sobre nosotros como en un libro abierto. Él conoce el color de nuestra piel, el tinte de nuestros ojos, la forma de nuestro cuerpo, la forma de nuestra estatura.

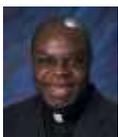
Ese conocimiento nos llena de asombro, confianza y seguridad de que estamos en manos de alguien que nos ama, nos entiende y puede hacer algo por nosotros cuando estamos en problemas. Como escribió una vez el sacerdote y escritor holandés Henry Nouwen: “Mucho antes de que alguien nos oyera llorar o reír, Dios, que es todo oídos para nosotros, nos escuchaba. Mucho antes de que alguien nos hablara en este mundo, la voz del amor eterno nos hablaba”.

Volvamos de nuevo al encuentro de María e Isabel. El Evangelio dice que, una vez que María cruzó el umbral de la casa de su prima y la saludó, el niño en su vientre saltó de alegría. Lo que impulsó a María a visitar a Isabel fue el sentido de solidaridad. Quería vivir en solidaridad con su prima y demostrar que se preocupaba por ella. Como había compartido sus momentos de tristeza por ser estéril, ahora quería compartir sus momentos de alegría al dar a luz a un bebé. Mientras María mostraba su solidaridad, Isabel a su vez le ofrecía su hospitalidad. Mientras lo hacía, el Espíritu Santo le revelaba el secreto que María tenía en su corazón de estar embarazada del Hijo de Dios.

Cuando acogemos pacíficamente a quienes vienen a nosotros, con el espíritu de María e Isabel, Dios nos bendice. Esa es la experiencia que ha hecho Isabel y que cada uno de nosotros también puede hacer si se abre a la gracia de Dios que nos llega a través de los visitantes. En ocasión de aquella visita, Isabel exclamó en voz alta: «¡Bendita tú entre las mujeres! (...) ¡Bendita tú, que has creído, porque se cumplirán las cosas que te fueron dichas de parte del Señor!». A ella le fue revelado el secreto del embarazo de María y le fue traída una gran alegría por el movimiento del niño en su seno.

¡Qué hermoso sería que, en este tiempo de Navidad, como familias y amigos, pudiéramos llevarnos alegría y paz unos a otros! ¡Qué hermoso sería que, cuando amigos y familias nos visiten, nos encuentren tranquilos y alegres, y no agresivos y rechazadores! En este tiempo de Navidad, también nosotros nos encontraremos con muchas personas, parientes y amigos, y quizás algunos no nos gusten en absoluto, ¿cómo será nuestro encuentro con ellos? ¿Es posible hacer de nuestro encuentro un momento de paz y alegría? ¿Es posible ir más allá de nuestras diferencias y oposiciones? ¿Podemos aceptar celebrar la Navidad con el espíritu de María e Isabel?

Miqueas 5: 1-4a; Hebreos 10: 5-10; Lucas 1: 39-45



Fecha de la Homilía: el 22 de Diciembre, 2024
© 2024 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20241222homilia.pdf